

neral, cuando oyeron la corneta tremenda de Cuauhtemotzin, <sup>1</sup> seguida despues de la grito de los bárbaros que tanto habia asustado los oidos de Cortés, y despues oyeron perderse á lo lejos el rumor del combate. Los dos capitanes supieron entonces que aquel dia debia ser para ellos tan funesto como para sus compañeros, teniendo una prueba de esto cuando los victoriosos aztecas que venian de vuelta de dar alcance á Cortés, se reunieron con los que pugnaban con Sandoval y Alvarado y atacaron á estos dos oficiales con redoblado furor. Juntamente, levantaron por lo alto dos ó tres cabezas de los españoles, gritando "Malintzin." Los capitanes llenos de horror al ver aquel espectáculo, no obstante que daban poco crédito á la palabra del enemigo, ordenaron al instante la retirada. Pero los castellanos no podian estarse fuertes contra los furiosos ataques de los sitiados, quienes viniendo en falanges, los arremetian con tal desesperacion que uno que estuvo

<sup>1</sup> "El resacaído de la corneta de Cuauhtemotzin. La corneta mágica de Astolfo no era mas terrible.

'Dice che' l' corno é di si orribil suono.

Ch' ovunque s' oda, fa fuggir la gente.

Non può trovarsi al mondo un cor si buono,

Che possa non fuggir come lo sente.

Rumor di vento e di tremoto, e 'l tuono,

A par del suon di questo, era niente."

Orlando Furioso, canto 15, st. 15.

presente, escribe estas palabras: "Porque yo no lo sé aquí escribir, que ahora que me pongo á pensar en ello es como si visiblemente lo viese; mas vuelvo á decir, y así es verdad, que si Dios nos diera esfuerzo, segun estábamos todos heridos, él nos salvó, que de otra manera no nos podiamos llegar á nuestros ranchos. <sup>1</sup> Los enfurecidos bárbaros persiguieron á los blancos hasta sus atrincheramientos; pero en llegando á ellos fueron recibidos, primero por los fuegos cruzados de los bergantines que encallados en las estacadas dispuestas para obstruir sus movimientos, enfilaban completamente la calzada; y despues, por una pequeña batería situada frente á la calzada y dirigida por un artillero muy hábil nombrado Medrano, la cual batia perfectamente la línea de la calzada. Batidas por el frente y por los flancos las dispersas columnas de las aztecas, se vieron obliuados á retroceder y á guarecerse dentro de los muros de la ciudad.

Reinaba en el ejército la mayor ansiedad por saber de Cortés, pues Tápia habia sido detenido en el camino por las partidas sueltas encargadas por Cuauhtimotzin de cortar las comunicaciones entre los reales. Mas por fin llegó, desangrándose por varias heridas; pero las noticias que trajo, si bien tranquilizaban á los españoles en cuanto á la vida del

<sup>1</sup> Cernal Diaz, cap. 152.



general, les dejaban en cuanto á lo demas en la mayor incertidumbre. Sandoval principalmente queria informarse bien del estado de los negocios y de los futuros planes del general, y no obstante que en el combate de aquel dia habia recibido tres heridas, determinó ir á visitar personalmente los cuarteles del general en gefe. Era medio dia porque en las desastrosas escenas que acababan de pasar solo se habian empleado pocas horas, cuando Sandoval montó su hermoso caballo en el que podia confiar por su fuerza y ligereza. Era un noble caballo, famoso en todo el ejército y digno de su valiente dueño, al cual habia llevado y sacado salvo en largas marchas y de sangrientas batallas.<sup>1</sup> En el camino se encontró con os destacamentos de Cuauhtemotzin, que intentaron cojerlo y que le arrojaron multitud de proyectiles que afortunadamente no hicieron mella ni á su armadura ni á su bardado corcel.

Cuando llegó al campamento encontró á las tropas desalentadas y tristes por las desgracias de aque-

<sup>1</sup> Ese famoso corcel que puede rivalizar con Babieca el caballo del Cid Campeador, se llamaba Motilla, y cuando alguno queria ponderar la bondad de su caballo, decia: "es tan bueno como Motilla." Asi lo dice el príncipe de los cronistas, Bernal Diaz, quien tiene gran cuidado de que á ninguna bestia ni á ningun hombre se le defraude el elogio que mereció en la campaña contra los infieles. "Era de color castaño, con una mancha en la frente y para que fuese mas afamado, tenia una sola pata blanca." V. Diaz, cap. 152.

lla mañana. Razon tenian para ello, porque fuera de los muertos y de los muchísimos heridos, habian caido sesenta y dos españoles y gran número de aliados en manos del enemigo, de un enemigo que jamás acostumbraba perdonar á un cautivo. La pérdida de dos piezas de batalla y de siete caballos coronaba la desgracia de los castellanos y el triunfo de los aztecas. Semejante pérdida insignificante en Europa, era de la mayor importancia en esta guerra en que las dos cosas, los cañones y los caballos, que eran las principales armas contra los bárbaros, se conseguian á gran costa y con las mayores dificultades.<sup>1</sup>

Notóse que Cortés se condujo en aquella aciaga fornada, con la intrepidez y serenidad que acostumbraba: la sola vez que se le vió vacilar, fué cuando los indios le presentaron las cabezas de varios españoles, gritande: "Sandoval, Tonatiuh;" el sobrenombre de Alvarado. Al ver aquel espectáculo se puso pálido por un momento, pero luego recobró su genial sangre fria y procuró infundir aliento á sus compañeros. Recibió, pues, á su teniente con semblante placentero; pero se dejaba traslucir cierto aire de tristeza que probaba cuán al corazon le ha-

<sup>1</sup> Tenian razon aquellos caballeros de no aventurar imprudentemente sus caballos, si acaso es cierto como dice Diaz, que cada uno costaba echocientos ó mil pesos. (Hist. de la Conq. cap. 151.) Véase tambien antes el lib. II, cap. 3, nota 14.



bia llegado la catástrofe de la "puente cuidada," como él la llamaba tristemente.

A las ansiosas preguntas que le hacía Sandoval sobre la causa de la derrota, contestó él, "solo por mis pecados ha podido sucederme esto, hijo Sandoval," (que era el epíteto que solía dar Cortés á los oficiales en quienes mas confiaba y predilectos suyos.) La causa inmediata la atribuyó al descuido del tesorero: en seguida manifestó el propósito que tenía de continuar las hostilidades por un poco de tiempo. "Vos debeis ocupar mi lugar," continuó, "porque yo estoy herido y cojo. Os ruego que os pongais cobro en los tres reales, y cuidad especialmente del de Alvarado, bien sé que habrán batallado eforzadamente; pero temo no les desbaraten estos perros mexicanos." <sup>1</sup> Estas pocas palabras probaban todo el afecto que Cortés profesaba á sus dos tenientes, ambos igualmente valientes; pero de los que el uno tenía la circunspeccion tan esencial para las empresas peligrosas, mientras que el otro carecía de ella completamente. El futuro conquistador de Guatemala debía como todos, comprar la propia

<sup>1</sup> "Mira pues veis que yo no puedo ir á todas partes á vos os recomiendo estos trabajos pues veis que estoy herido y cojo: luego os pongais cobro en estos tres reales, bien sé que Pedro de Alvarado y sus capitanes y soldados que habrán batallado y echo como caballeros, mas temo el gran poder de estos perros ho s les hayan desbaratado." Ind. cap. 152.

experiencia á costa de amargos frutos: bajo la direccion de Cortés se enseñó á ser soldado. El general, despues de dar todas sus instrucciones, abrazó afectuosamente á su teniente y lo mandó á sus cuarteles.

Llegó á ellos muy entrada la tarde, pero todavía no se ocultaba el sol tras las montañas del occidente; y todavía derramaba su blanda luz sobre todo el valle é iluminaba las venerables torres y pirámides de Tenochtitlan, formando aquel bello espectáculo un contraste con las escenas de horror de que habia sido teatro la ciudad pocos momentos antes. La tranquilidad del crepúsculo fué alterada por el repentino y roncó son del atambor del gran templo, y recordó á los españoles la noche triste, única vez que lo habian oido. <sup>1</sup> Aquel sonido anunciaba que dentro del execrable recinto del templo mayor se estaba practicando alguna gran ceremonia, y los soldados sebrecojidos por las lúgubres vihraciones del atambor, volvieron la cara hácia el lugar de donde venian. Como el campo de Alvarado solo distaba de la plaza un tercio de legua, y en la mesa central es tan pura la atmósfera, se pudo desde allí ver distintamente que una larga procesion iba subiendo la tortuosa escalera de la pirámide.

<sup>1</sup> "Un atambor de muy triste sonido, en fin, como instrumento de demonios, y retumbaba tanto que se oia dos ó tres leguas." Ibid, loco citato.



Entre los sacerdotes y guerrero que formaban aquella, distinguieron los españoles algunos hombres desnudos, y que por el color de la piel reconocieron ser compatriotas suyos. Eran en efecto las víctimas destinadas al sacrificio; sus cabezas iban adornadas de plumas y en la mano llevaban grandes abanicos. A fuerza de golpes se les hacia caminar y tomar parte en las danzas en honor del dios de la guerra. Las desventuradas víctimas fueron despojadas de sus fúnebres atavíos, y estendidas sobre la gran piedra de los sacrificios. Sobre su convexa superficie quedó su pecho suficientemente elevado para que los sacerdotes pudiesen desempeñar cómodamente su diabólico oficio, que consistia en hendir de un solo tajo las costillas con una filisísima navaja de itztli, introducir la mano en el pecho y sacar de él el corazón, que todavía caliente y palpitante era depositado en el incensario de oro que estaba delante del ídolo. El cuerpo de la despedazada víctima era despues arrojado á rodar por las encumbradas escaleras de la pirámide, las cuales como se recordará, remataban en el ángulo del pilar, y estaban unas debajo de otras. Los caníbales que estaban en el átrio recojian con avidéz los mutilados restos, y los destinaban al asqueroso banquete con que terminaba tan abominable ceremonia.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Ibib, ubi supra. Oviedo op, cit., MS., lib., 33 cap. 48.

Ya podemos imaginarnos cuales serian las sensaciones que experimentaban los españoles al ver el horrible espectáculo que tenian ante los ojos, al reconocer desde la pequeña distancia á que estaban, á las personas de sus amigos desgraciados, al ver sus esfuerzos impotentes y al escuchar, ó al creer que escuchaban los quejidos de su agonía. ¡Sin embargo, ningun socorro podian prestarles! Sus carnes temblaban al pensar que aquel destino seria algun día el suyo; y hasta los mas valerosos, y hasta os que hasta entonces habian ido al combate tan alegres y sin cuidado como si fuesen á un banquete ó á un festejo, no pudieron en adelante encontrarse con los enemigos sin experimentar una sensacion de terror muy próxima al miedo.<sup>1</sup>

“Sacándoles los corazones sobre una piedra que era como un pilar cortado, tan grueso como un hombre y algo mas, y tan alto como medio estadio; allí á cada uno echado de espaldas sobre aquella piedra que se llama Techcatl, uno le tiraba por un brazo y otro por el otro, y tambien por las piernas otros dos, y venia uno da aquellos sátrapas con un pedernal como un hierro de lanza enastado en un palo de dos palmos de largo: le daba un golpe con ambas manos en el pecho y sacando aquel pedernal, por la misma llaga metia la mano y arrancábale el corazón, y luego fregaba con él la boca del ídolo, y echaba á rodar el cuerpo por las gradas abajo que serian como 50 ó 60 gradas; por allí abajo iba quebrando las piernas y los brazos, y dando cabezasos con la cabeza, hasta que llegaba abajo aun vivo.” Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 35.

<sup>1</sup> Por lo menos así lo confiesa el capitán Bernal Diaz, soldado tan intrépido como el que mas lo fuera en todo el ejército. Sin embargo, se consuela con pensar que el tremor de sus



Mas no fué tal el efecto que el sacrificio produjo en las tropas mexicanas reunidas al extremo de la calzada. Como si fueran buitres embriagados por el olor de su lejana presa, arrojaron un grito penetrante, y se precipitaron como torrente, por la calzada despues de esta horrible exclamacion: ¡que tal sea la suerte de todos nuestros enemigos! Pero los españoles no fueron cogidos de sorpresa: antes de que los aztecas hubieran traspasado la línea de su campamento, les hicieron un terrible fuego con las piezas de artillería de grueso calibre, y con los arcabuces y ballestas; con lo que el enemigo se vió precisado á replegarse á su antigua posicion; pero horriblemente despedazado.

Los cinco dias subsecuentes se pasaron en la inaccion, salva sin embargo, la resistencia que de vez en cuando era necesario oponer á las salidas de los sitiados. Los aztecas entretanto, engreidos con sus triunfos se abandonaron á una especie de jubileo, y

piernas mas bien era efecto de exceso que de falta de valor, pues que provenia de que sentia al vivo que tenia que esponer su vida á mayores peligros que otras veces. El pasage original es notable porque es una muestra del inimitable candor del antiguo cronista. "Digan ahora todos aquellos caballeros que desto del militar entiendan, y se han hallado en trances peligrosos de muerte, á qué fin echarán mi temor, si es á mucha flaqueza ó á mucho esfuerzo, porque como he dicho, sentí yo en mi pensamiento que habia de poner por mi persona batallando en parte que por fuerza habia de temer la muerte mas que otras veces, y por esto me temblaba el corazon y temia la muerte." Hist. de la Conq., cap. 156.

pasaban el dia bailando, cantando y bebiendo al rededor de sus miserables víctimas. Cuauhtemotzin envió las cabezas de varios españoles y caballos á las ciudades comarcanas, invitando á los antiguos vasallos de la corona de México, á abandonar las banderas de los blancos, si no querian que les tocasse á ellos el destino reservado á todos los enemigos de México. Los sacerdotes alentaron al jóven monarca y al pueblo haciéndoles creer que el tremendo Huitzilopochtli, su ofendida deidad, apaciguado con los sacrificios últimos, habia vuelto á tomar á los aztecas bajo su proteccion, y dentro de ocho dias iba á poner en sus manos á sus odiados enemigos.<sup>1</sup>

Esta consoladora prediccion la hicieron saber los indios á los sitiadores por medio de bravatas y vanaglorias, las que si bien pueden haber menospreciado los españoles, han de haber producido un efecto muy diferente en los aliados, quienes ya comenzaban á cansarse de un servicio tan peligroso y penoso, y además, mas largo de lo que debian esperar segun la manera de hacer la guerra entre los indios. Comenzaban á desconfiar de los españoles: la

<sup>1</sup> Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 3 cap. 26. Ixtlilxochitl, Venida de los españoles, caps. 41 y 42. "Y nos decian que de allí á ocho dias no habia de quedar ninguno de nosotros á vida, porque así se lo habian prometido la noche antes sus dioses." Bernal Diaz, cap. 153.



experiencia les habia enseñado que no eran ni invencibles ni inmortales, y los últimos reveses les hacian juzgarles incapaces de sojuzgar la metrópoli azteca; finalmente, recordaban las ominosas palabras de Xicotencatl que habia predicho que no tendria buen término aquella guerra sacrilega. Al pensar que habian levantado la mano contra los dioses de su patria, se sintieron agobiados por la prediccion, creyeron que se cumpliria plenamente, y solo esperaban una oportunidad para parar el golpe abandonando á los españoles.

Aprovecháronse, pues, de la oscuridad de una noche para volverse á sus hogares: fueron desertándose en compañías, cada una de las cuales tomaba el camino del suyo respectivo. Las tropas procedentes de las grandes ciudades que últimamente habian sometídose, fueron las primeras en desertar: su ejemplo fué seguido por las de Chololan, Tepeaca, Tetzoco, y hasta las de la fiel Tlaxcallan. Habia, sin embargo, honrosas excepciones, entre ellas la de Ixtlilxochilt; el señor de Tetzoco, y la de Chichimecatl, el valiente caudillo de Tlaxcallan, los cuales con unos cuantos compañeros, permanecieron fieles á la causa en que militaban. Pero los que tal hicieron fueron en número insignificante, y los españoles vieron con tristeza que el largo séquito con el cual contaban para que los ayudasen, haba

desaparecido silenciosamente por efecto de la supersticion. Solamente Cortés permanecia imperturbable. Trató con desprecio la prediccion llamándola patraña de los sacerdotes, y mandó en pos de los escuadrones desertados, mensageros que les suplicasen que se volvieran ó por lo menos que se detuviesen en el camino, hasta que pasado el tiempo fijado se convenciesen de la falsedad de las predicciones.

Es necesario confesar que en esta crisis tenian sombrío aspecto los negocios de los españoles.

Veíanse abandonados de sus aliados: sus municiones casi se habian agotado: carecian de los víveres que les venian de las ciudades comarcanas: estaban estenuados por las vigiliass y fatigas; padecian de las heridas de que nadie quedó exento en todo el ejército; tenian á la retaguardia un pais inhospitalario; y al frente un enemigo implacable: podia, pues, escusárseles de desfallecer en su empresa. Durante el dia se ocupaban en forragear por aquellas inmediaciones y en repeler los ataques de los sitiados, los cuales eran mas frecuentes despues de sus triunfos y de las promesas de sus sátrapas; y de noche interrumpia su sueño el tañido del melancólico atambor, cuyo clamoreo propagándose por las aguas pregona-ba la muerte de sus asesinados compatriotas. Cada noche eran llevadas nuevas víctimas al altar de los



sacrificios: toda la ciudad estaba alumbrada por millares de luminarias que ardian en los techos de las casas y en la cumbre de los templos, y á cuya fúnebre luz se veia distintamente desde los campamentos españoles aquella ceremonia horrible, que parecia ser obra del infierno. Una de las últimas víctimas fué Guzman el page de Cortés, que permaneció en cautiverio diez y ocho dias antes de sufrir su destino.<sup>1</sup>

Sin embargo, no desfallecieron los castellanos en aquel momento de prueba, y si hubiesen desfallecido habrian recibido una leccion de fortaleza, de algunas de sus mugeres, las cuales los siguieron al campamento, y que en esta ocasion desplegaron un heroismo de que ofrece varios ejemplos la historia.

1 Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 26. Ixtlilxochitl, ubi supra. El lector español puede ver por sus ojos que mi imaginacion no ha recargado el cuadro de estos horrores. "Digamos ahora lo que los mexicanos hacian de noche en sus grandes y altos cues; y es que atañian su maldito aiambor, que dije otra vez que era el de mas maldito sentido y mas triste que se podia inventar, y sonaba muy lejos y tañian otros peores instrumentos. En fin, cosas diabólicas, y tenian grandes lumbres, y daban grandísimos gritos y silbos, y en aquel instante estaban sacrificando de nuestros compañeros, de los que tomaron á Cortés, que supimos que sacrificaron diez dias arreo hasta que los acabaron, y el postrero dejaron á Cristobal de Guzman, que vivo lo tuvieron diez y ocho dias, segun dijeron tres capitanes mexicanos que prendimos." Bernal Diaz, cap. 153.

Una de ellas, tomaba la armadura de su marido y montaba guardia por él cuando estaba cansado. Otra se puso el escuapil de un soldado, tomó una espada y una lanza y reuniendo á sus dispersos compatriotas los hizo volver á embestir con los enemigos. Cortés intentó persuadir á estas Amazonas á que permaneciesen en Tlaxcallan; pero ellas replicaron orgullosamente: que no era bien que damas castellanas abandonasen á sus maridos en el peligro, sino que lo partiesen con ellos, y tambien si era necesario, muriesen á su lado. Y en efecto, llenaron cumplidamente su deber.<sup>1</sup>

A pesar de tantos descalabros y angustias, no por eso decayeron en su propósito los españoles, ni reajaron por un momento la severidad del sitio. Sus campamentos quedaron situados en la salida de las principales calzadas. Cada vez que intentaban los aztecas romper el sitio, arrasaban con sus largas columnas; por medio de la artillería. Los bergantines todavía continuaban señores de aquellas aguas, es-

1 "Que no era bien que mugeres castellanas dejasen á sus maridos yendo á la guerra, y que á donde ellos muriesen, allí moririan ellas." Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 1, cap. 25. El historiador ha consignado los nombres de algunas de estas heroínas en las páginas de su historia, y en verdad que semejantes mugeres merecen participar del honor de la conquista. Llamábanse, Beatriz de Palacios, María de Estrada, Juana Martin, Isabel Rodriguez, Beatriz Bermudez.



torbando las comunicaciones con las riberas, aunque la pérdida de las canoas aliadas dejaba abierto el comercio clandestino con la capital, y permitía á ésta abastecerse de víveres. Pero con todo, el acopio de éstos era pequeño, y la populosa ciudad, no obstante el engrimiento de sus últimas victorias y las falaces ofertas de los sacerdotes, comenzaba á ser devorada interiormente por una plaga mas cruel que todos los enemigos que estaban á sus puertas. <sup>1</sup>

1 Ibid, ubi supra.

## CAPITULO VII.

TRIUNFOS DE LOS ESPAÑOLES.—ESTERILES OFERTAS DE  
CUAUHTEMOTZIN.—SON ARRASADOS LOS EDIFICIOS  
HASTA SUS CIMIENTOS.—HAMBRE TERRIBLE.  
—GANAN LAS TROPAS LA PLAZA DEL  
MERCADO.—MAQUINAS DE GUERRA.

(1521.)

Así pasaron los ocho dias prescritos por el oráculo, y el sol al levantarse al noveno dia sobre la hermosa ciudad, la vió todavía asediada y circuida por su inexorable enemigo. Fué grande error de los sátrapas aztecas, pero error frecuente en los fallos profetas que solo tratan de causar impresiones sorprendentes, asignar un plazo tan corto para e cumplimiento de sus predicciones. <sup>1</sup>

1 Sin embargo, no son tan vituperables los sátrapas si acaso es cierto, como nos lo asegura Solís, que el diablo andaba por aquellos dias insinuándose activísimamente en los oídos de su rebaño, ya que no podía insinuarse en sus corazones. Conq. lib. 5, cap. 22.